

La religión en tiempo de David

El reino de David significó un paso considerable en el progreso del jehovahismo. David parece que fue un servidor de Jehová más exclusivo que Saúl. Jehová era su protector, y no quería tener otro. Hizo un pacto con Jehová, que debía darle la victoria sobre sus enemigos, a cambio de la constancia en su culto. No nació un movimiento puro de piedad en aquella alma esencialmente egoísta, cerrada a toda idea desinteresada.

Entre David y Jehová hay nada más que un toma y daca de absoluta exactitud. Jehová era un dios fiel, sólido, seguro. David un servidor seguro, sólido y fiel. La fundación del nuevo reino se tomó, pues, como obra de Jehová. El jehovahismo y la dinastía davídica se encontraron íntimamente enlazados.

No existía, además, ni un sentimiento moral en Jehová tal como David le conocía y adoraba. Aquel dios caprichoso era el favoritismo en persona. La fidelidad era completamente material, usaba su derecho hasta lo absoluto. Se enfurecía con la gente, sin motivo evidente, pero se le hacía aspirar el humo de un sacrificio, y se calmaba al instante.

De este favoritismo altamente proclamado y casi afectado, de David por Jehová ¿se ha de deducir que éste negaba formalmente a los demás dioses? No, verdaderamente. Según Samuel, cuando persiguieron de joven a David dijo que maldecía a sus enemigos que, al expulsarle del país de Jehová, le obligaban a servir a dioses extraños, porque él daba por hecho que había que practicar la religión del país al cual se iba. A lo largo de su reinado no cometió David, al parecer, ningún acto de intolerancia religiosa. Jehová ordenaba algunas veces matanzas y actos salvajes, pero no era aún celoso, fanático de su culto exclusivo, como llegó a serlo más adelante. Ninguna de las atrocidades aconsejadas a David por Jehová fue dirigida contra un dios rival.

Es comparable esta situación religiosa a la de un franciscano exaltado de la Edad Media. Para sus devotos tenía Francisco de Asís una inmensa superioridad sobre los demás patronos celestiales. El devoto de San Francisco no perdía ocasión de declarar que no quería más protección que la suya, y que sólo a este santo quería deber la salvación, lo cual implicaba cierto desdén aparente hacia los demás santos. Mas no por eso creía que debían destruirse las iglesias de otras advocaciones ni expulsarse del paraíso a los demás bienaventurados. Era la expresión ardiente de una adulación que entrañaba algo poco halagüeño para la masa de los personajes sobrehumanos, pero no la negación directa de su existencia. El franciscano más convencido no dejaba de invocar a San Roque en tiempo de peste, ni a San Nicolás en los viajes por mar. Así pudo David sostener el culto de un solo Dios protector, sin que por eso fuera malo que uno de sus hijos se llamara Baaliada, ni que se ofrecieran sacrificios a Milik en las alturas próximas a Jerusalén, ni que sucesivamente y en el mismo lugar se le ofrecieran a Jehová, Milik y Baal.

David tuvo una influencia indirecta en la dirección religiosa de Israel. Al edificar Jerusalén, creó la futura capital del judaísmo, la primera ciudad santa del mundo; pero él no lo imaginaba así. Sion y las macizas edificaciones que la coronaban no fueron para él más que una fortaleza. De todos modos, gracias a él, el arca sagrada de Israel al fin pudo fijar su residencia en la colina de Sion. Allí la llevaron desde Kiriath-earim, con solemne ceremonial, entre cantos y bailes sagrados. A las mujeres y al pueblo les encantó ver a David bailar con ellos. En cambio, las damas del harén se sonreían al verle. Al entrar el arca en la ciudad, Mikal, hija de Saúl, que estaba asomada a la ventana del palacio, vio danzar a su ma-

rido, el rey David, a la usanza antigua, con gran contento de criadas y gente baja, al son de címbalos, arpas, tamboriles y sistros. Al hablar con él, le dirigió burlas amargas, a las que contestó David con gran sensatez: «Prefiero lo que me ensalza a los ojos de las criadas, que lo que me preserva del ridículo a tus ojos.» Después se supuso que el hecho de que Mikal no tuviera hijos era debido al poco respeto que en aquella ocasión tuvo a Jehová.

A partir del momento en que el arca estuvo junto al rey y fue casi vasalla suya, David apareció esencialmente como el hombre de Jehová y de Israel. Su monarquía tomó un carácter religioso que no había tenido la de Saúl. David fue el elegido de Jehová por excelencia; sus funciones constituyeron una lugartenencia de Jehová. Quedaba fundada la idea de la monarquía de derecho divino. Todo se le permitía a un rey que situaba a Jehová de una manera estable a la puerta de su propia casa. Por aquel servicio le iba a otorgar Jehová el privilegio entonces más anhelado y raro: el de ver a su descendencia sentada en el trono.

Esto significó la gran consagración de David, y también la de la colina de Sion, de la que ya no se movió el arca. Se dio por hecho que, entre tantas montañas elevadas, había escogido Jehová la colina de Sion, precisamente porque, siendo él grande y fuerte, amaba a los pequeños y a los débiles que no pueden demostrar soberbia contra él.

La instalación del arca en el monte de Sion fue, pues, un momento más decisivo en la historia judía, en cierto sentido, que la misma construcción del Templo. Uno de ambos hechos era, además, consecuencia del otro. Se erigió un altar delante de la tienda, destinado a los sacrificios.

También David organizó, aunque rudimentariamente, el primer sacerdocio de Jehová. Hasta entonces no había habido en Israel sacerdocio nacional. Cada santuario tenía sus servidores más o menos hereditarios, pero al trasladar el arca a Jerusalén, se regularizó el sacerdocio.

Por consiguiente David preparó para el futuro la unidad del lugar del culto y la del sacerdocio, pero no las realizó. Continuaron en auge los antiguos lugares religiosos. Frente a Jerusalén, en lo alto del monte de los Olivos, se adoraba a Dios libremente.

En la misma puerta de su palacio levantó David un altar en circunstancias muy especiales. Había allí una era perteneciente a un jebuseo llamado Arevna o Averno. Dañaba a la población una epidemia y se creyó ver encima de la era al ángel de Jehová con la mano tendida, como para exterminar. El profeta Gad aconsejó que se levantara un altar a Jehová en aquella era. Arevna, según la tradición, quiso regalar el terreno. David insistía en comprarlo, así como los bueyes, aperos, etc., que estaban allí, y que constituyeron el holocausto. En seguida construyó el altar, y ofreció grandes sacrificios. En aquella misma era se edificó posteriormente el templo de Salomón.

En la tienda sagrada se centralizaron las consultas al oráculo. Después de David, no se habla ya de *efod*, *urim* y *tummim* privados. Al desarrollarse la razón pública, y al sentirse la influencia de los profetas, este uso grosero empezó a caer en desuso.

De una forma inconsciente trabajó, pues, David, por el progreso de la religión. El sentimiento religioso parece que no fue en él superior al de Saúl y sus contemporáneos, pero como su espíritu fue más sólido, vio lo hueco de ciertas supersticiones que perdieron al pobre Saúl.

David subió al trono en parte por la influencia de los sacerdotes de Nob y de los profetas de Rama y, según nuestra manera de pensar, hubiera tenido que someterse a las influencias que podríamos llamar clericales, pero no fue así. Como Carlomagno, David fue el rey de los sacerdotes, pero al mismo tiempo fue también su amo. Las chinchorrerías que perturbaron la vida del pobre Saúl no existieron para él. Como el monarca de Francia, sujetó a la teocracia, aunque partía de un principio muy teocrático.

El profetismo, en época de Samuel muy importante, quedó oculto en tiempo de David. Existió un poder laico. Ningún inspirado por Jehová podía intentar rivalizar con el favorito de Jehová, o sea David. Los profetas Gad y Nathan representan, junto a David, un papel muy secundario que después quisieron aumentar los historiadores de la escuela profética. Ni uno ni otro fueron influyentes en la dirección del reino. Rebajado ya el principio real, a los cien años, es cuando se realzará el principio profético y adquirirá un cariz dirigente y a veces preponderante, hasta que, por la total desaparición del poder civil, se convierta en la misma esencia de la nación.